



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14234

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia, a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

JUEVES 13 DE MAYO DE 1909

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Córtes postales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

Quejas justas

Los vecinos del inmediato barrio de los Barreros se lamentan de lo desamparado que se encuentra aquel paraje de autoridades.

Es cierto que el celador de Los Dolores tiene la obligación de vigilar también el expresado barrio, pero como su residencia la tiene muy lejos del mismo, jamás aparece por los Barreros desahucando la vida en este sitio, idénticamente que en las más apartadas aldeas adonde no han llegado todavía ni los más lijeros indicios de urbanización.

Los rateros que siempre acuden adonde impunemente pueden cometer sus hazañas, pululan por aquellos contornos aligerando los palomares y gallineros, sin duda para evitar que la aglomeración de volátiles, por las suciedades que producen focos de infección pueda acarrear perjuicios a la salud pública.

Una pobre vecina de este abandonado barrio, se ha visto sorprendida por la desaparición de cuatro gallinas que anoche le fueron sustraídas sin saber por quien ni en qué forma.

A más de esto, los propietarios que edifican por aquellos parajes, suelen abrir profundas zanjas en las cañas para conducir a sus huertos las aguas de lluvia.

Como la luz artificial es nula y no se conoce más que por referencias, las salidas de noche suelen ser muy frecuentes y algunas con graves consecuencias.

Nosotros suplicamos al Sr. Alcalde destine un guardia municipal para la exclusiva vigilancia del barrio de los Barreros, en la seguridad de que se le agradecerán aquellos vecinos.

Apariencias y realidades

Algunos de los que se rodean de apariencias, de sordos de conveniencia, de ciegos acomodaticios, y en general, de gentes caprichosas y egoístas que hacen y dicen a sabiendas, cosas que no están en el orden y que si se pudiesen de momento evidenciar los pondrían en ridículo.

Es mucho más fácil ser persona seria y veraz que no embustera y traicionista; pero sin embargo, hay un arte tan extendido a disfrasar la verdad, que al que la rinde pleito hominaje casi se le tacha de visionario.

Los médicos, por ejemplo, con frecuencia asistiendo a enfermos de aprensión, se ven obligados a dar diagnósticos por engañarse el cliente y el doctor; el primero simulando dolores ó fatigas imaginarias y el médico embustero hipotesis aventuradas sobre hechos que considera verdaderos y que no lo son.

Con eso ocurre como con la fruta: A lo mejor es un sándwich una manzana llena de aromas y de color y que aún embargo está podrida, y acaso otra que está espléndida está completamente sana, y eso que sucede con los diagnósticos y con las frutas ocurre también con las frecuentes relaciones sociales.

A cada individuo se le figura que su asunto es el único en el mundo, y al que tiene la debilidad de escucharle le enjaretan su pecho, y dale que le das lo presentan del revés y del derecho, por activa y por pasiva hasta que el que los oye concluya por dón-

de debía haber empezado, por no hacerles caso.

Estas gentes parece que se han caído de un lado que son de otro planeta; que no viven en la realidad al pretender que todo se subordina a su conveniencia, se regule a su capricho, se resuelva con arreglo a su interés particular y exclusivo.

Por eso hay tantas dificultades en el arte de la política, que sin duda debe ser el producir la mayor suma de bienestar posible; más como el bien de uno es incompatible con el de otro, el armonizarlos determina conflictos y tropiezos á veces invencibles.

¿No ha de haber sordos de conveniencia y ciegos acomodaticios, abre todo metafóricamente hablando? Las controversias, los debates, las disputas, ¿qué son? No son otra cosa que panoramas de ideas ó intereses que cada cual vé con su catalejo especial ó sea á través del prisma de su conveniencia.

En la mecánica racional todo se subordina á un fin; en la mecánica social también, pero los mecanismos se vuelven contra el arquitecto y pretenden ir cada cual por su lado, lo cual que da lugar á no pocos contratiempos y disgustos.

Hay que respetar los puntos de vista de cada cual, pero no dejarse esclavizar por ellos. ¡Infeliz del que oye y del que dice lo que dicen gentes á quienes sólo guía el afán de su conveniencia!

Las hormiguitas, cada una busca lo que necesita y procura llevárselo á su escondrijo sin molestia de nadie, y como todas hacen iguales se encuentran con el granero bien surtido para pasar tan ricamente los rigores del invierno.

En lo humano, las hormiguitas tiran cada una para sí y en contra de las demás, y por eso nunca hay granero; por donde resulta que las hormigas de verdad y las bipedas ó humanas son opuestos por completo; pues las últimas van á lo suyo con desahucio de lo de los otros, y las primeras van á lo de todos, porque en la armonía de todos sus intereses y conveniencias, está el bien general.

¡Siunt citique!

EN EL HOGAR

Escena íntima

El marido se pasa presintiendo la batalla; la mujer suspira y calla y la niña juguetea.

Deteniéndose un piquito queda el frente á su esposa y la niña silenciosa mira á los dos de hito en hito.

—Vamos, mujer, ¿qué te apena?

—¿Si yo no estoy apenada?

—Pero, ¿qué te duele?—Nada.

—¿No estás mala?—Ni estoy buena.

—¿Qué sientes?—Un malestar que no acierto á definir.

—Pero...—Y me voy á morir sin poderlo remediar.

—Consulta inmediatamente...

—Será diligencia vana.

—¿Porqué?—Yo me pondré sana en siendo tu complaciente.

—¿Yo?—Tu palabra de honor de que no te enfadas, Juan.

—Vaya.—Pues te diré el plan que me ha propuesto un doctor.

—Me ha llamado el Nachijero flor de perfume exquisito y dice que necesito

cuidados de invernadero. —Al caso inmediatamente y los piporos á un lado.

—Bueno, pues me ha recetado...

—Vámonos á ver.—Lo siguiente:

Que, de mi salud avare, no pase temor ni susto, que un piporo en disparte, por un ojo de la cara.

Que en todas las ocasiones satisfaga mis deseos; que frecuente los paseos y las demás diversiones; que emplee á la costurera para estar mas descuidada, y que no trabaje nada, ó trabaje lo que quiera.

Que, al comer, platos muy buenos, y al beber, vinos muy sanos y que vaya los veranos á San Sebastian lo menos.

Ya iba el marido á soñar una palabra imprudente, cuando en esto, y de repente, rompió la niña á llorar.

Lo olvidó todo enseguida y la dijo con dulzura:

—¿Porqué lloras, criatura?

—¿Qué es lo que tienes, mi vida?

Y el angel, repuesta ya, contestó con faz serena:

—Pues yo quiero...no estar buena, lo mismo que mi mamá.

Eusebio Sierra.

Los derechos de la mujer

El ilustre jefe del partido liberal Sr. Moret, prologuista de la obra «Filosofía feminista», de Romero Navarro, dedica el mayor elogio á este autor y á su trabajo al afirmar en dos condiciones que su libro es muy interesante, y que es preciso que los hombres que dirigen la opinión en nuestra patria, se preocupen de la importancia del problema feminista y de preparar las soluciones que en otras partes se van convirtiendo en hechos sociales y legales.

Estas palabras del sabio estadista español—que tanto deben enorgullecer á Romero Navarro—hacen á la vez innecesarias las de nuestro pláceme.

El título de este libro, dice ya lo bastante para alcanzar el aplauso del lector avisado. Pues anuncia una seria investigación y un estudio de excep-

cional importancia por tratarse del primero que aparece en la historia de la Ciencia, pretendiendo fundar una filosofía del feminismo, que favorezca la expansión conquistadora del ideal moderno y humanitario, emancipador de la mujer.

Este ideal ha ido penetrando en el alma de todos los pueblos cultos. Y sólo en los muy confiados de ignorancia y fanatismo, que ninguna misión de justicia cumplen en la historia, prevalecen los prejuicios que lo combaten.

En España como en ninguna otra nación civilizada, con ser nuestra patria el solar de los hidalgos y de la galantería, dominó un sentimiento contrario al triunfo de ese credo de emancipación.

Mas, á través del tiempo, llegó al fin la buena hora del siglo XX, en que una generación de idealistas reivindicadores, sintiendo herida su conciencia ante el espectáculo de esa desigualdad jurídica y social, se ha puesto en nuestro país al noble servicio de laborar por la implantación definitiva de una más sabia justicia, que ampare á la mujer con mayor eficacia que hasta el día, en sus derechos de existencia y á la dignidad humana, liberándolo del yugo de la miseria y de la violencia tiránica que el hombre pueda ejercer sobre ella y sobre su destino.

Al vigoroso impulso de esta corriente reivindicadora, ha contribuido sin duda poderosamente con bienhechor influjo, el alto ejemplo de protección á la mujer que ofrecen los modernos legisladores en las nacionalidades prósperas por su civilización y progreso de Europa y América, y que ha evidenciado la magnitud y trascendencia del problema feminista, viéndose como imponía soluciones inaplazables á la ciencia de los sociólogos y á la responsabilidad de los gobernantes.

No obstante, los partidarios del viejo régimen, sostenedor de los desequilibrados privilegios, imitando á los que antaño cerraron sus oídos á todo justo clamor y ni siquiera se conmovieron ante el cuadro de angustias de la mujer obrera, creyendo amenazados sus privilegios, extreman ahora más que nunca sus sátiras y sarcasmos, descendiendo por la escala del menospre-

cio al terreno de los agravios, y de aquí que por reacción y contragolpe al plantearse hoy los términos de este complejo problema del feminismo se llegue por algunos feministas á la más perturbadora exageración, suscitadas, indudablemente, por la exacerbación que en todo espíritu honrado tiene que producir tanta iniquidad.

Es fortuna que en la obra del señor Romero Navarro no hayan tenido cabida esas exageraciones. Pues en la construcción mental de su libro, generoso y admirable, como hace poco lo calificaba el ilustre Zozaya en «El Libera», se limita á estudiar serenamente principios y doctrinas, que apoyan en el arma invencible de una fina cultura.

Nosotros, por tanto, no tendríamos inconveniente en suscribir mucho de lo que se afirma en este libro, pues si bien estamos convencidos de que «la mujer—conformes con la expresión feliz de un escritor—gobierna este mundo con toda la potestad de un despota, aunque su cetro sea sólo el amor», cuando hablémos de su liberación nos referimos á las que sufre en sus condiciones de existencia profesional y económica, se encuentran abandonadas á sus débiles fuerzas, sin otra defensa que unas cuantas disposiciones arcaicas que ninguna sombra de protección verdadera proyectan sobre su desvalimiento.

«Ensayo de una Filosofía Feminista», y su admirable autor, no necesitan, como decíamos al principio, nuestro pobre parabién. Más en calidad de lector, al de todos los lectores séanos permitido unir nuestro aplauso.

Enrique SANDINO.

Madrid.

BOLSA DE MADRID

IMPRESIONES

(De nuestro servicio particular)

El mercado, aunque firme, no deja de experimentar cierta inquietud por las cuestiones planteadas en Matruecos, con motivo de negarse el sultán á seguir tratando con nuestro embajador. La creencia unánime es que to-

Biblioteca de El Eco de CARTAGENA 52

En cuanto á Atar Gul, «soborbia corpulenta», como le había llamado el rey Taroo, le hizo llevar Benito á la chalupa, y le recomendó particularmente el cuidado y vigilancia del patrón.

Luego que se tomaron todas estas disposiciones, se contó el dinero y se verificaron los cambios. No tenían Benito y Van Hop otra cosa que hacer sino separarse hasta nueva compra, separación que urgía tanto más, cuanto que el capitán quería aprovechar la marea y la buena brisa de Oriente de modo que, siguiendo aquel prudente axioma de que el viento no aguarda por nadie, tendió afectuosamente la mano al corredor diciéndole:

—Vaya, señor Van Hop... hasta la próxima.

—Y Dios quiera que sea pronto buen capitán.

—Venga otra vez esos cinco; da gusto tratar con vos, señor Van Hop.

—¿Qué bueno sois capitán! Sabed que se me perdió el corazón al ver que os marcháis, pero mirad, en estando dos ó tres años más en esta costa, me lleváis con vos á Egipto.

—¿De veras?... fúndese expedición barandosa; vaya, que nos hemos de divertir. Pero yo me estoy atrasando; y debería salirme ya á bordo... Adios, adios, mi viejo...

VENGANZA AFRICANA 49

¡Pahl... Pero, capitán, antes de marcharos quiero llamaros la atención sobre ese perillón que el capitán Taroo me ha dado de propina! Es uno de los más soberbios negros que he visto en mi vida; miradle, es fornido como un blibido y así como una girafa; pero amigo mío, no te haterado, que á pensar de haberle llevado de golpe para prelearlo á qué medida uno de sus pechos, se ha visto obligado el rey Taroo á hacerle condonar aquí como un novillo yaha; pero nada... así le tenéis...

Y le señalaba un negro que era de alta y poderoso estatura; adonde estaba doblado por medio del cuerpo á causa de tener acada junta de los pies y las manos.

—Este creo que es jefe del Krul, un pequeño nankú; es taroo; pero adonde está doblado cinco días á bordo y en las colonias, se ve que es suave como una gacela.

Taroo que los regala, después de haberlo animado con sendos tragos de aguardiente, se aproximó, y sintiendo reanimarse su cólera y su odio á la vista de este primitivo, empezó á hablar y amenazar al pequeño nankú. Peto éste cerraba los ojos con «tato» dignidad, y no «condonaba» á sus invocaciones con un caso triste y dulce. Aquella sangre fría trataba en extremo al capitán Taroo, y cogiendo una piedra le lanzó un